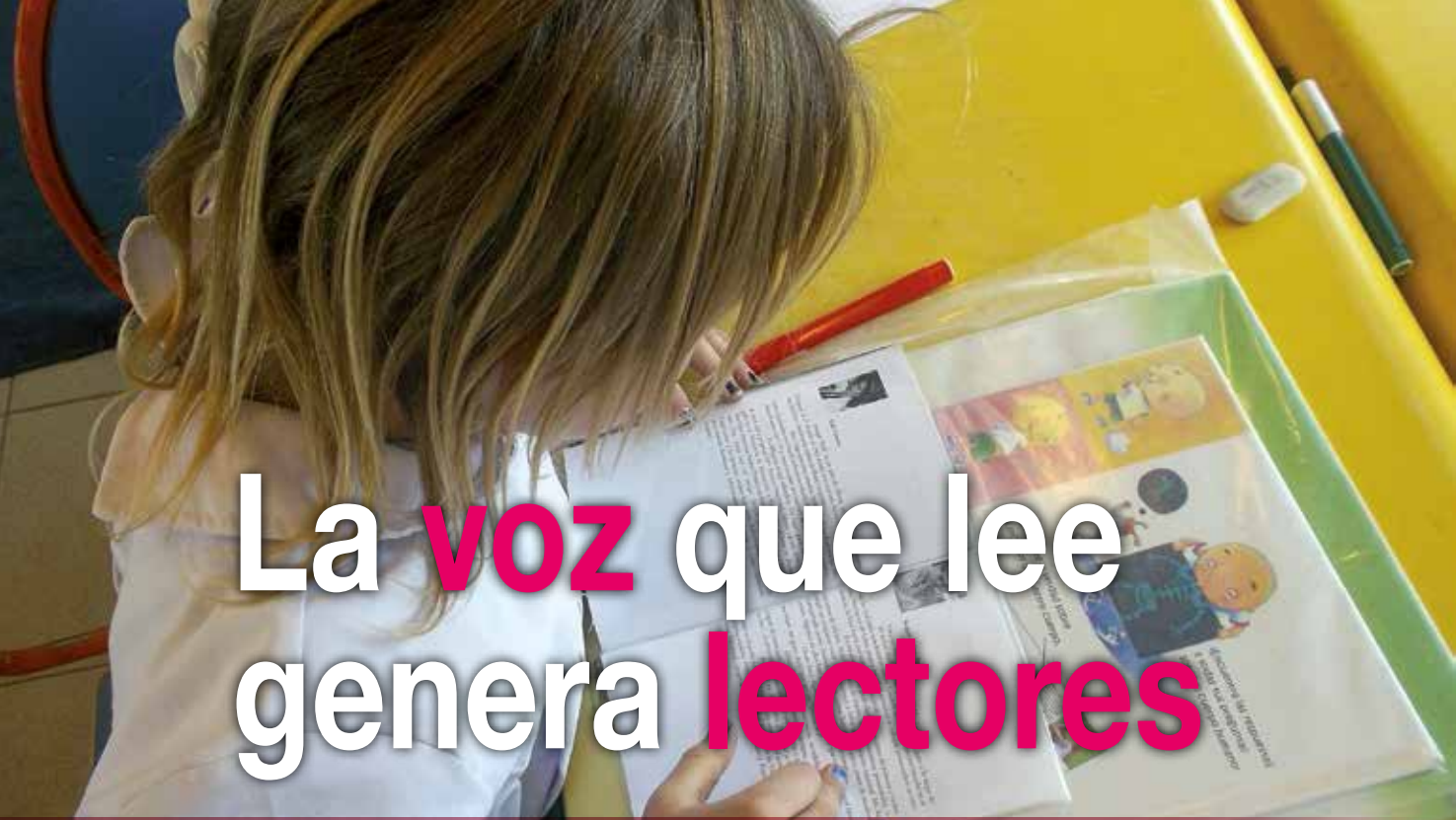




La voz que lee genera lectores

Ana María Bavosi | Maestra especializada en Educación Preescolar. Bibliotecóloga.

«Concibo la lectura como una experiencia inseparable de la vida, de manera que su defensa no es para mí una simple obligación sino un compromiso ético.»

Mata (2004:11)

Introducción

Como maestra y bibliotecóloga, mi aporte sobre el tema de la lectura se basa en los años de trabajo como profesional en ambas áreas. El marco teórico para ser maestra me fue proporcionado por el Instituto Normal de aquella época. Bien cierto es que a la hora de enfrentar el desafío de enseñar a leer a un grupo de niños de primer año, la ayuda salvadora llegó de maestros con larga experiencia que compartieron metodologías y diferentes estrategias para salir del paso. Comprendí entonces que los aportes teóricos eran válidos en tanto que se acompañaran de las prácticas. La teoría se hacía carne, y no un mero ejercicio de memorización de autores y citas para regurgitar en un examen.

Dominar un importante caudal teórico es vital para la formación en cualquier carrera. Realizar una práctica sistemática, meditada y evaluada es lo que realmente hace a un profesional.

Como bibliotecóloga en el área de bibliotecas escolares e infantiles, mi formación se enriqueció gracias a otras disciplinas, y fundamentalmente al encuentro con la **Literatura Infantil y Juvenil**. Desde 1962 a la fecha

he estado en contacto permanente con una bibliografía de cientos de títulos provenientes de esa literatura. Esos libros fueron y son leídos por niños y jóvenes, y en forma asidua recibo opiniones sobre su lectura. También son leídos, disfrutados y analizados por adultos con los que intercambiamos criterios de selección, y acompañamos nuestra tarea con el aporte de diferentes teóricos especializados. Esta firme propuesta de acercamiento a la literatura infantil nos avala, hace creíble nuestro hacer. Aseguramos que la Literatura Infantil existe, goza de buena salud, pero sigue siendo maltratada por el **didactismo** que se empeña en **usarla** con fines propios. Este desconocimiento distorsiona, confunde, genera malas prácticas y aleja de los niños todas las posibilidades que ella brinda. Considero a la literatura infantil un lugar de partida, sólida base desde la cual se puede construir al futuro lector.

El título de este artículo parte de la aseveración “La voz que lee genera lectores”, y es en esa certeza en la que baso estas reflexiones. Creo de vital importancia aclarar que por lector entiendo e incluyo al que todavía no lee convencionalmente, y también a aquel que presenta dificultades en el aprendizaje de la lectura. Todo niño en la etapa inicial se conmueve frente a un libro de imágenes, y no quiere dejar de mirarlo una y otra vez; ese niño está leyendo. Y aquellos otros niños que a viva voz “hacen que leen” no las palabras que se les resisten, sino las imágenes que los habilitan, son también lectores.

La voz que lee

«La voz que narra o lee los cuentos en la infancia es el primero y más dulce instrumento de seducción literaria. Esa voz que tuerce entre el autor y el oyente, esa celestina paciente y fervorosa es el origen de muy felices pasiones por los libros.» (Mata, 2004:43)

Estoy en total acuerdo con las palabras de Juan Mata; los que escuchan, se sienten atraídos, interesados y atrapados por las palabras que surgen del otro.

El deseo de escuchar la voz del otro es un sentimiento ancestral, una necesidad siempre insatisfecha. La voz que lee, la que quiere leer compartiendo es bien recibida por el que escucha, y si esa voz tiene como oyentes a los niños, puedo asegurarles que pasa a ser **la voz que se necesita**.

Escuchar cuentos o narraciones produce en los niños verdaderos momentos de felicidad e incalculables posibilidades de aprendizaje. Lamentablemente, y desde hace mucho tiempo, **arrastramos las cadenas de un leer para “dar” el otoño, la caída de las hojas, el día de la madre, etc., de un leer con fin utilitario, de un leer para cumplir con un programa, de un cuento para tal o cual edad y no para todas las edades, de un leer impuesto por una voz que no está pensando en el escucha, una voz que se olvida del niño.**

La voz que lee deberá tener siempre presente al que escucha. Los niños son los destinatarios, los niños que nos escuchan son nuestra prioridad.

Aquí, indudablemente, debemos hablar de nosotros, los docentes, los educadores, los adultos en general, **responsables** de los niños, los que solemos llevar la **voz**.

Con respecto al término “responsable”, el diccionario de la RAE nos dice: *«Dicho de una persona: Que pone cuidado y atención en lo que hace o decide»*.

Parto, entonces, de una voz adulta que asume la responsabilidad de lo que hace y que pone cuidado en ello.

Ser responsable de nuestros actos no siempre resulta fácil. Muchas veces, presionados por propuestas que nos llegan desde afuera, aturridos con palabras vacías de contenido y proyectos supuestamente innovadores, llegamos a confundir nuestro verdadero hacer de docentes. Ni que decir si las tan mentadas innovaciones provienen de la insistencia de “torcer” el placer de leer debido a un didactismo impropio, irrelevante, forzado, improductivo del objeto libro, e incluso que obtura la posibilidad de apoderarse del texto escuchado. Debemos evitar caer en trampas como esta.



La voz del docente que lee debe ser una voz pensante que actúa como instrumento para **la comprensión sí, pero en especial para el disfrute y la comunicación**.

«Si los griegos de la época clásica leían en voz alta, cabe asumir que sus antepasados hacían lo mismo. A falta de documentos, cabe pensar que la lectura en voz alta constituye la forma original de la lectura.» (Svenbro, 1998:60)

Es interesante leer, en este mismo capítulo, que entre los verbos griegos que significan *leer* se encuentra el **“némein”**, literalmente **“distribuir”**.

En este sentido, entonces, el que leía en voz alta para los otros, distribuía lo que leía o decía. Con el paso del tiempo, y bajo la influencia de los dialectos dóricos y jónicos, el verbo va cambiando su significado para llegar a **“distribuir incluyéndose en la distribución”**.

Me parece muy interesante este significado del leer y pienso que un verdadero hacer pedagógico debe fundarse sobre esta importante distribución en la que, sin lugar a dudas, el adulto docente debe incluirse.

El que lee en voz alta necesariamente se incluye, se compromete, debe sentirse parte y disfrutar de ese compartir.

La voz que lee debe ser la de un mediador democrático. Entonces, por añadidura, el que escucha presta atención, goza con la acción, hace comentarios, se llena de palabras e imágenes, comprende en la medida de sus posibilidades, en fin, todo queda instalado **en su memoria para siempre**.

Ahora bien, para que realmente esto suceda, y aunque parezca obvio, el único secreto está en la diaria presencia de la voz que lee, que dice. Tan simple y sencillo como que al fin "la gota horada la piedra".

Pero atención, no piensen ni por un momento que estoy planteando una labor rutinaria, obligatoria, estilo reflejo condicionado, no.

Planteo una tarea cargada de afecto y responsabilidad profesional, un espacio vital en el que los niños, **todos los niños, poco a poco, vayan haciendo suyas todas las palabras, sientan que pueden decir y que lo que tienen para decir vale la pena ser dicho.**

A mayor número de palabras proporcionadas, más serán las posibilidades que tendrá esa persona. Entregar palabras, facilitar palabras, distribuirlas con el fin de poder crecer puede llevarnos un largo proceso. Meses, años, toda la vida.

Cuando nos enfrentamos a niños que llegan casi mudos, provenientes de hogares donde las palabras generalmente son para agredir, es imprescindible brindarles el mayor caudal de palabras cargadas de otros sentidos. Nada mejor, entonces, que apoyarnos en la riqueza del lenguaje que proviene de la literatura y de los libros para niños.

En este punto considero importante reflexionar sobre nuestras raíces como lectores frequentadores de libros, nuestras raíces como escuchas de voces cariñosas.

Cuando fui niño, ¿tuve el privilegio de tener libros en mi casa, en la escuela, en el barrio o en la casa de mis mejores amigos? ¿Tuve una abuela, un abuelo, tíos, que me contaron o leyeron cuentos? ¿Padres que me compraron libros y leían conmigo? ¿Maestros que me leyeron y me prestaron sus libros, además de los de la biblioteca del aula? ¿Compañeros con los que nos intercambiáramos libros y revistas? ¿Bibliotecas bien organizadas en el barrio o en la escuela?

Y más adelante, en el resto de la formación, ¿cuántas oportunidades tuve de ser lector por placer? **¿Cuál fue el permiso que me otorgó el sistema educativo para ser un lector por opción y no por imposición?**

El permiso para leer lo que se quiere ha sido y es poco frecuente en la formación de los docentes.

Me pregunto si, en realidad, uno de los problemas no está en este punto, **en la falta de libertad para leer lo que se quiere y la presión de leer lo que supuestamente se debe.**

Quien ha vivido la maravilla de leer en libertad está capacitado para todo tipo de lecturas, comprende sin necesidad de ejercicios (mal llamados) de "comprensión lectora", sin sentirse agobiado o forzado a buscar cosas tan frívolas como las **"rutas cohesivas" (expresión típica de acuñación de sistema educativo)**, supera las dificultades de los diferentes textos y termina siendo un lector autónomo.

Quien frecuentó bibliotecas, o tuvo muchos libros a su alcance, o disfrutó de momentos de lectura a lo largo de su infancia, entiende la importancia que esta tiene; además, respeta y da su justo valor a los libros. Comprende el poder que otorga el saber leer y es consciente de la responsabilidad de trabajar en pos de un mundo en el que la lectura sea un derecho alcanzado.

Por el contrario, a aquel que no tuvo la oportunidad de regocijarse leyendo, que no pudo acercarse a la fuente inagotable de creación y recreación que es la literatura, le resultará muy difícil entender su valor y, seguramente, no la incluirá entre sus prioridades.

Cabe preguntarse: ¿qué lugar ocupa hoy la lectura en nuestra vida? ¿Creemos en el valor de la lectura? ¿Qué tiempo dedicamos a leer por el placer de leer?

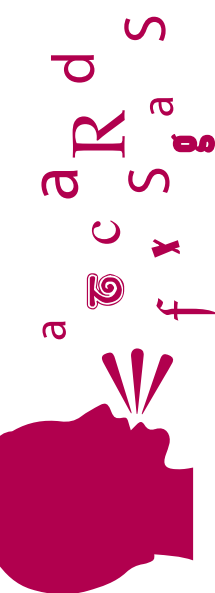
Este tema daría para muchos artículos. ¿Por qué? Por una sencilla razón: **no podemos transmitir lo que no vivimos.**

Creo, aunque a veces lo lamento, que somos reproductores de las historias vividas. Nos guste o no, los humanos tenemos la tendencia a repetir aquello que vivimos en la infancia, en la juventud, en nuestra formación.

Muchas veces, sin darnos cuenta, cometemos los mismos errores de nuestros predecesores. Somos empujados por un sistema que se encarga de transformarnos en reproductores y consumidores, con el fin de evitar los cambios profundos, las verdaderas renovaciones.

Si la lectura no fue vivida en nuestra infancia y juventud, si en nuestra formación el tema de la lectura se redujo a recibir aportes teóricos a través de cientos de hojas fotocopiadas, y si en lo referente al tema de qué leerles a los niños nos proporcionaron un sinnúmero de recetas de supuesta animación a la lectura, les aseguro que no lograremos niños lectores. Sencillamente no sabremos cómo hacerlo.

Detengámonos ahora en un aspecto relacionado con la llamada lectura en voz alta. Ha sido una práctica que, a lo largo de la historia de la educación, ha pasado por diferentes momentos que podríamos catalogar como negativos o positivos. Quizás los más negativos y difíciles de solucionar tengan relación con la propuesta





de calificar, de otorgar una nota al acto de leer en voz alta. Lamentablemente, muchas generaciones vivieron momentos difíciles al ser obligadas a leer en voz alta con el fin de recibir una calificación. Fueron marcadas a fuego.

Como docente universitaria he tenido muchos problemas con el tema de la lectura en voz alta. Descubrí, con asombro, una cantidad de estudiantes a punto de recibirse que tenían serios problemas con el leer en voz alta. Casi todos reconocían haber sufrido con ese tema en la etapa escolar.

Un joven que no se anima a leer en voz alta, que se siente intimidado, que tiene temor al ridículo o a equivocarse, que no desea sentir su propia voz es, lamentablemente y en la mayoría de los casos, producto de una mala experiencia escolar.

Las generaciones marcadas por estas prácticas y que, con posterioridad, optaron por la docencia no pueden superar fácilmente los malos recuerdos, y evitan exponer a sus alumnos y exponerse ellos mismos a esa práctica. Sin embargo, hay docentes que superan las malas experiencias y logran una nueva propuesta de lectura a la que los niños responden con entusiasmo, con alegría, con ganas. El adulto es modelo, ejemplo. Su actuar es observado atentamente por los ojos infantiles. Nos guste o no, ellos saben mucho de nosotros.

Cuando en una institución, todos los docentes están comprometidos con el leer, y todos leen en voz alta

a todos los niños, de todos los niveles, esos adultos tienen algo en común para la comunidad infantil: tienen voz que vale la pena oír. Lo que dicen y hacen, visto desde los niños, es creíble.

El comportamiento de esos mayores se tiende a imitar, el maestro pasa a ser un modelo a seguir. Poco a poco son más los niños que quieren leer para sus compañeros, y el intercambio de lectores en la escuela se da en forma fluida, natural. La propuesta de lectura se va construyendo entre todos.

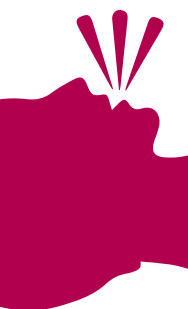
Ahora quiero volver al título de este artículo: “La voz que lee genera lectores”, para detenerme en el verbo **“generar”**. **“Generar”**, según el diccionario de la RAE, es «1. *Producir, causar algo*. 2. *Procrear*».

Me quedo con la acepción de producir algo porque realmente es lo que, en esencia, creo. Lograr producir algo en el otro honestamente, con el único fin de ayudarlo a crecer y, al mismo tiempo, aprender junto a él.

En los últimos años he observado un sinnúmero de situaciones que me han sorprendido, muchas veces desconcertado y en las que no dejo de pensar. Asombra encontrarse con niños que tienen enormes dificultades de aprendizaje, con problemáticas afectivas o familiares severas, pero que son capaces de recordar veinte o treinta títulos de libros leídos por los maestros. Pueden hablar sobre ellos, relacionar autores e ilustradores, brindar opiniones críticas sobre lo leído y escuchado, elegir favoritos, recomendar a sus pares.



a
c
R
d
S
a
S
a
f
x



Niños que han repetido un curso dos o más veces, a los que les cuesta enormemente realizar las tareas curriculares y, sin embargo, no tienen ningún impedimento frente al pedido de escribir sobre sus cuentos favoritos. Lo hacen, con faltas de ortografía, con diferentes errores, de sintaxis o léxico, pero no se niegan a la propuesta; es más, la disfrutan, sienten que vale la pena el esfuerzo. Cuando escuchamos el reclamo de nuevas lecturas, de títulos nuevos, el “por favor, contámelo otra vez”, me pregunto: ¿es por aquí que debemos seguir? No tengo dudas, por este camino estamos educando.

A partir de la voz que lee es que se generan las ganas de leer, de escuchar, de decir, de preguntar, de cuestionar. Es a partir de todas estas comunicaciones que estamos ayudando a sobrevivir.

Vivimos tiempos difíciles, pero de tiempos difíciles se hizo la historia de la humanidad. Tratemos de brindar espacios donde lo que se les proporcione a los niños sea una pequeña cuota de felicidad, de cariño, de solidaridad, **en fin, de humanidad**.

Creo que es hora de revisar los modelos obsoletos que siguen vigentes en todos los programas, preguntarnos seriamente, y tomo el título de la querida Reyna Reyes: “Para qué futuro educamos”.

Los niños nos necesitan, pero no necesitan más de lo mismo. No necesitan escuchar cuentos e historias para alcanzar la inferencia tal o la enunciación cual, ni mucho menos para detectar una ruta pronominal. Los niños del siglo XXI esperan algo diferente de nosotros. Sus maestros nos merecemos la oportunidad, al igual que ellos, de disfrutar de un espacio de libertad, de un verdadero lugar donde trabajar con una mínima cuota de felicidad. Y, por qué no, volvemos un poco niños también, dejándonos llevar apasionadamente por el disfrute que esos niños experimentan al oír palabras que humanizan, que dan esperanza, que permiten viajar por lugares diferentes y creer en mundos posibles, lejos de la lamentable, habitual y paralizante experiencia, para muchos de ellos, de soportar el peso de la no-palabra o de la palabra como agresión.

Hace cuatro años, una niña de apenas siete, en una escuela de contexto crítico, frente a la pregunta de su maestra: ¿para qué leer?, escribió: “para olvidar las cosas tristes”. Esa respuesta nos acompaña desde entonces, y nos da las fuerzas para continuar con la propuesta y reafirmar nuestro compromiso ético a través de ella. 

Referencias bibliográficas

MATA, Juan (2004): *El rastro de la voz y otras celebraciones de la lectura*. Granada: Universidad de Granada.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (RAE) (2017): *Diccionario de la lengua española* (23.ª ed.). En línea: <http://dle.rae.es/>

SVENBRO, Jesper (1998): “La Grecia arcaica y clásica. La invención de la lectura silenciosa” en G. Cavallo, R. Chartier (coords.): *Historia de la lectura en el mundo occidental*, pp. 57-94. Madrid: Taurus.